

posible el mal efecto producido en el ánimo de su escribano por la revelación de Aurora.

—Vamos, sed bueno—repuso con amabilidad.—Dadme vuestra opinión.

—No, ahora no—dijo el escribano;—pero os indicaré algo, puesto que me preguntais.

—¿Y es?

—Que haceis mal en mandar á San Lázaro á una pobre joven inocente.

—¿Qué sabeis vos?

—Tan inocente como una criatura en el vientre de su madre. Y admirable.

—¿Eso os parece?

—Moral y físicamente, lo que es muy raro, señor juez.

—¿De modo que yo debiera ponerla en libertad?

—E *incontinenti*.

—¿Es eso lo que sentís?

—Y presentarla vuestras excusas, pero claras, terminantes.

—Está bien—dijo Marcelo Danglas;—lo pensaré. ¿Tenemos otros asuntos hoy, amigo mío?

—Tenemos una porción de ellos.

—¿Pero pueden esperar?

—Eso depende de vos. Es preciso no cambiar las costumbres. Por un día ó dos más en el depósito, no se morirán los pobres diablos, y aun habrá quien lo agradezca.

—Buenos días, Catois.

—Salud, señor juez.

—¡Hasta mañana á las diez en punto!

—Hasta mañana.

XII

Rumores.

En cuarenta y ocho horas los reporters, las agencias, los polizontes, en una palabra, todo los que suministran notas á los periódicos, á la prensa de Paris ó de provincias, se había agitado, removido alrededor del asunto Caylus.

Durante algunos días, éste debía producir su efecto de curiosidad, que en otro tiempo hubiera alcanzado proporciones enormes.

Los curiosos seguían apiñándose ante la puerta de la casa, cuidadosamente cerrada.

Algunos privilegiados consiguieron hacerse abrir la puerta y visitaron desde la bodega hasta los tejados.

Por otra parte, la edad del marqués Raimundo de Caylus, su reputación como hombre de buena fortuna y de triunfos fáciles, la citada, el arresto de una joven desconocida y de una belleza admirable, todo, en una palabra, se prestaba á los más variados supuestos, y la opinión pública inventaba los dramas más diversos, de los que ninguno se aproximaba á la verdad.

Pero en medio de aquella fiebre de curiosidad, á quien esta noticia de sensación había dejado fría, había sido á Magdalena de Arvil.

Desde que el general Fugeret se había presentado en su casa, para hacerla algunas preguntas, dejando suponer que, más feliz que los demás, él estaba sobre las huellas de la criatura perdida; desde que, al separarse, había reanimado en ella esperanzas muertas, no

vivía ya para el mundo; era presa de los sueños más intensos, no pensaba en nada, más que en aquella hija, á quien no habia creído volver á ver jamás.

A la hora en que Jaime Fugeret, trasportado de alegría, volvía á tomar el tren de Vichy para París, el gabinete de la señorita de Arvil estaba sumergido en esa semi oscuridad resultante de la noche que se aproxima y del espesor de las cortinas que interceptan la luz de un día que se extingue.

Tendida en una *chaise-longue*, con la cabeza echada hacia atrás, un periódico caído á sus pies y los ojos cerrados, parecía dormir.

Pensaba.

Desde la partida del general no hacía más que repetirse:

—¿Por qué me ha dicho que tenga esperanza?

Y fuera de esta preocupación, nada podía conmoverla.

Se abrió la puerta del gabinete sin hacer ruido, y Magdalena oyó la voz de Brígida, que decía:

—¡Aquí está, señor coronel! Duerme.

Y en seguida otra voz que dijo:

—No tengáis cuidado, soy yo.

Magdalena se incorporó y sus ojos se encontraron con los de su amigo.

—¿Cómo va?—preguntó el coronel.

No esperó la respuesta.

Se apoderó de las manos de su protegida y dijo:

—No mal, según parece. Os vais haciendo razonable. ¡Qué felicidad si así fuera!

Brígida le acercó una silla.

El la rechazó.

—Eso no; una butaca bien comfortable; me voy haciendo viejo decididamente. ¡Si, en verdad. Y puesto que no tengo intención de marcharme en seguida, no abandonaré la plaza si no me expulsan de ella.

Y dirigiéndose á la doncella, la dijo con tono familiar:

—Dentro de una media hora me traeréis una copa de Jerez, ¿eh?

—Está muy bien, señor conde—contestó la doncella.

Se arrellanó en su butaca, y dirigiéndose á la señorita Arvil, la dijo, lanzando un profundo suspiro:

—Tengo necesidad de recobrar fuerzas; acabo de pasar un mal rato.

—¿Por qué?

—Vengo de casa de los Caylus.

—¿Sí?

—Ya sabéis que hemos estado en las mejores relaciones... Somos vecinos en Sologne... El marqués poseía y posee aún una gran finca. Por eso he ido á verlos, y he asistido á una de las escenas más desgarradoras que he visto en mi vida; he presenciado la llegada de la marquesa y de su hijo segundo, á quienes la triste noticia ha sorprendido en Niza. Los dos hermanos se adoraban, y la madre, que parece tan fría para con sus hijos, lloraba á lágrima viva. Eso me ha conmovido. Abracé á la marquesa sin pronunciar una sola palabra. Hay dolores que no se consuelan. He estrechado las manos al pequeño Caylus y he salido. El pobre muchacho se deshacía también en lágrimas. ¿No me escucháis?

—Sí, amigo mío.

—En cuanto á la marquesa, la he encontrado muy cambiada. Ella, que cifraba su orgullo en disimular sus penas, no trataba hoy de ocultarlas. He ahí una que ha sufrido mucho en la vida. El difunto marqués de Caylus, su marido, era un verdadero gran señor, pero amigo de los placeres como nadie. Algunos de nuestros amigos la hicieron la corte con asiduidad. Ella se resistió á todo y se encerró en una austeridad destinada á espiar las faltas de los demás y no las suyas, porque ella jamás las ha cometido; pondría mis manos en el fuego. Para menos sufrir, trató de petrificar el corazón, y yo creía que lo había conseguido... Pero no, el corazón de una madre se vuelve á encontrar siempre.

El coronel se interrumpió.

—Decididamente no me escucháis—dijo.

—Os aseguro que sí.

—¿La prueba?

—Acabais de decir: «El corazón de las madres se vuelve á encontrar siempre.»

—Es verdad. ¿Pero á propósito de qué?

La señorita de Arvil se puso colorada y permaneció muda, como una colegiala cogida *in fraganti*.

—¿Lo veis?—dijo el coronel.—¡Y sin embargo, las cosas de que os hablo son interesantes!

—En efecto.

—Vamos á ver hija mía—repuso el coronel.

—¿En qué pensais? ¿Por qué espacios vaga vuestra imaginación?

—Pero si os escucho, amigo mío.

—En cuanto á mí, os aseguro que ese asesi-

nato me ha entristecido profundamente... Daría de todo corazón una fuerte suma porque el detestable autor de un crimen tal, fuese preso y sufriese la pena de su abominable acción.

—¿Tienen algún dato?

—Creo que no.

—Sin embargo, esa joven que ha sido arrestada...

—¡Ah! ¿vos sabeis?

—Lo dicen todos los periódicos.

Magdalena cogió el que estaba caído á sus pies y, poniendo el dedo en una de sus columnas, se lo ofreció al coronel diciendo:

—Leed.

El coronel leyó:

«Ha sido conducida al Depósito una joven pobremente vestida, que ha debido asistir á este drama, cuyas causas siguen rodeadas de misterio. Esta joven tiene unos diez y ocho años...»

—¡La edad de mi hija!—murmuró Magdalena.

El señor de Brancurt le dirigió una mirada llena de compasión y continuó:

«La misma noche del asesinato, tenía una cita con el marqués de Caylus. Si ella no es culpable, parece imposible que no sepa cómo y por qué se ha cometido el crimen. Se espera obtener de ella la revelación del nombre del autor ó de los cómplices de este odioso asesinato, en el que ha jugado ciertamente un papel.»

Magdalena volvió á coger el periódico; lo dejó de nuevo sobre la alfombra y fijando los ojos en el coronel, le dijo bruscamente:

- ¡Le he vuelto á ver!
- ¿A quién?
- A Jaime Fugeret.
- ¿Cuándo?
- Ayer.
- ¿A qué hora?
- Por la mañana.
- ¿Y no me lo habéis dicho?
- Me avergüenzo de mi debilidad... Hubiera querido cerrarle la puerta... No ha hecho más que entrar y salir.
- ¿Qué quería?
- Algunos informes.
- ¿Sobre qué?
- Sobre los desgraciados acontecimientos que pasaron... sobre nuestras pesquisas... sobre las circunstancias que concurrieron en el abandono de esa desgraciada.
- ¿Y bien?
- Se las dí en pocas palabras.
- ¿Y después?
- Se marchó, diciéndome una palabra que me turbó.
- ¿Y esa palabra es?
- ¡Tened esperanza!
- El coronel no pudo contener un movimiento de impaciencia, y exclamó:
- ¿Conserva alguna él?
- Sin duda.
- Yo me pregunto cómo podrá conseguir él nada donde nosotros hemos fracasado.
- ¡El azar!
- Pobre hija mía, vos me conocéis. Vos sabéis qué sacrificios haría yo por colmar vuestros deseos, que son los míos... Encontrar esa niña sería la suprema felicidad de vuestra vi-

da y de mi vejez... Pero, os lo suplico, no os dejéis llevar por falsas alegrías que no pueden daros más que una decepción más cruel y re-avivar vuestros dolores.

—¡Vivos están siempre, amigo mío!—dijo Magdalena.

Y en seguida una ola de lágrimas saltó de sus ojos.

El conde se levantó.

—He ahí lo que yo temía—dijo, dando algunos pasos por la sala.

Y en seguida añadió:

—¿Pero eso no acabará nunca, hija mía?

—¡No; jamás! He hecho todos los esfuerzos posibles por contenerme, porque sé cuánto os entristezco, pero no puedo, no puedo.

El coronel se quedó pensativo y principió de nuevo á pasearse.

—¿Qué hacer?—se preguntaba.

Se acercaba á Magdalena y se inclinaba hacia ella, buscando en vano palabras de consuelo, cuando de pronto élla le echó los dos brazos al cuello, diciéndole:

—¡Perdonadme! Yo os hago la vida penosa, á vos, que sois tan bueno para mi. No quiero llorar más. No lloraré más.

Y sus lágrimas se redoblaron.

La puerta de la sala se abrió de nuevo,

Brígida entró, llevando en la mano una bandeja, en la que había una botella de Jerez y dos copas.

Al mismo tiempo dijo:

—La señora de Chagny sube la escalera.

Magdalena enjugó vivamente las lágrimas.

El coronel salió al encuentro de la visitante.

La rubia dió sus manos al coronel y abrazó á Magdalena con efusión, diciéndola:

—¡Toma! ¡Tú has llorado! ¡Todavía!

Y en seguida, como si tuviera necesidad de confidencias y expansión, añadió:

—Sentáos, coronel... ¡Si supieseis todo lo que tengo que contaros!...

—¿Qué es?

—¡Ah! ¡cosas!...

—¿Palpitantes?

—Vais á ver.

Y tomando aliento, comenzó:

—¿Conocéis los acontecimientos de la calle Vaneau?

—Sin duda.

Magdalena añadió:

—El coronel acaba de llegar del hotel Caylus.

—La marquesa debe estar inconsolable... ¡Y el hermano del marqués!... ¡El, que es impresionable como una niña!... ¡Eso es horrible, ¿no es verdad? Aun no han cogido al asesino. Sé que se habla de una joven, pero no es ella quien lo ha hecho. Pondría mis manos en el fuego.

Magdalena interrumpió á su amiga...

—¿Y lo que tenías que contaros?—preguntó.

—Ya llevo. ¿Conoces á mi vecino?...

—¿El barón Saint-Aubin?

—Sí.

—Por haberle visto una ó dos veces.

—Figúrate que está citado para comparecer ante el juez de instrucción.

—¡Bah!

—Su ayuda de cámara, ó más bien su facto-

tum, ha sido quien se lo ha dicho á Angela, con quien está en la mejor armonía. Ese Piriac es un buen muchacho, y está aburrido por tener un amo que está en relaciones con la justicia.

—¿A propósito de qué ha sido citado ese barón?

—El señor Danglas le ha citado... Tú has visto á ese Danglas en la Opera... Vos también, coronel.

—Por cierto que me ha parecido terriblemente fatuo y pretencioso.

—Parece que el barón estaba locamente enamorado de esa joven detenida por el asunto Caylus. Es muy inflamable ese mozo... Es una pólvora, un explosivo.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Voy á decírtelo... Pero antes volvamos á esa joven. El barón la había dirigido una carta, que han encontrado en casa de ella..

—¿Y en esa carta?...

—La ofrecía terminantemente casarse con ella...

—¿En qué se ocupaba ella?

—La desgraciada trabajaba para vivir y vivía muy mal... Ultimamente vendía periódicos...

—¿En dónde?

—En una de esas garitas que se ven en las esquinas de las calles, donde deben derretirse en el verano y tiritar en el invierno...

—¡Pobre mujer!

—En una palabra; ella no tenía un céntimo y, sin embargo, ese barón le hacía la corte y pedía su mano.

—¿Sériamente?

—Sí, sí; pero en el momento en que ese barón escribía á esa joven la carta que aquí ves —y mostró *Le Temps*, indicando el sitio en que la insertaba—expedía otra abrasadora á otra mujer de más edad é infinitamente menos atractiva...

—¿Es posible?

—Es cierto.

—Han podido engañarte.

—No.

—¿Por qué?

—Por una excelente razón.

—¿Cuál?

—Que las cartas estaban dirigidas á una persona que conozco mucho.

—¿A tí tal vez?

—Tu lo has dicho.

—¿Cómo se atrevía?...

—Llevó su audacia mucho más lejos.

Entonces la señora Chagny contó, con mucha gracia, la escena que había tenido lugar en su casa con todos sus detalles, y concluyó diciendo:

—Comprenderás que el hombre que de esa manera se conduce, no es sincero cuando escribe á una joven: «Os adoro hasta el punto de poner á vuestros piés todo lo que puedo ofrecer, mi apellido, mi fortuna y mi mano...» mentía como un simple saca muelas.

—Sí —dijo Magdalena.—¿Pero con qué fin?

—Hé ahí el misterio.

El conde estaba pensativo.

El asunto Caylus se complicaba extraordinariamente.

De pronto la rubia se volvió hacia él.

—¿No es verdad, coronel,—preguntó—que

es extraordinario lo que pasa? ¿Cómo concluirá esto?

—A fe mía que no lo sé, pero hay un hecho que me llama la atención.

—¿Y es?

—Que vuestro vecino, que pasa desde hace mucho tiempo por un gentleman á la moda del día, no es más que un simple bandido.

—¡Oh!

—Por mi parte lo he creído así siempre, pero puedo engañarme... ¡Esperemos!... ¡El que viva lo verá!

XIII

La explosión.

La carta del barón Máximo Saint-Aubin á Aurora Milton, aquella carta en que la pedía en matrimonio, ofreciéndola sacarla de la miseria en que se encontraba y elevarla hasta él, todo esto por amor, había sido vendida.

¿Por quién? Por nadie, por un desconocido.

Varios periódicos la publicaban íntegra.

Únicamente los nombres eran los que no se ponían: se designaban por iniciales.

La joven pobre, detenida en un principio, conducida al Depósito y trasladada en seguida á San Lázaro por orden del señor Danglas, juez de instrucción, la designaban por sus iniciales A. M.

Esto era demasiado oscuro para que se pudiera descubrir quien era.

Pero el barón M. S. A., avenida del Bosque de Bolonia, *sportsman* bien conocido, buen jinete, excelente tirador y gran jugador, estaba